



BETSABÉE ROMERO, LA MEMORIOSA

Antonio Marquet*

Para no mencionar la actual fascinación que el tautaje ejerce sobre la juventud, imprimir trazos en el cuerpo de manera definitiva, históricamente ha tenido una diversidad de sentidos: para los guerreros nativos de los Mares del Sur, el tautaje es una forma de infundir terror al enemigo: sus rostros y cuerpos se yerguen con los atributos de animales feroces.

El pintor y director inglés Peter Greenaway densificó la escritura corporal practicada en Japón que en su origen era la rúbrica con la que los dioses reconocían a su criatura. Y paralelamente era uno de los gestos por medio del cual el padre reconocía a su hijo y refrendaba anualmente el contrato. La escritura de Nagiko en el *Libro de cabecera* recibe una fuerte erotización cuando por sugerencia de Jérôme, Nagiko toma el pincel desafiando la distribución de actividades de acuerdo con los sexos. La escritura corporal también se vuelve medio de reivindicación del padre, así como medio para su reconocimiento como escritora por un editor que le negó valor a su primer libro, considerado indigno del papel que fue utilizado.

Al tatuar la memoria, Betsabée Romero conquista nuevos espacios para su pincel y subvierte las leyes que rigen la delimitación interior/exterior. En los ocho cuadros que conforman la serie "Memoria tatuada", y que Betsabée Romero expuso en otoño de 1998 en la galería DFN de Nueva York ya no se trata sólo de efectuar inscripciones sobre el cuerpo, ni de infundir terror al enemigo. Los trazos que se inscriben en los personajes de sus cuadros quedarán

para siempre sobre su piel, gobernarán su identidad. La superficie epitelial se transforma en el terreno de emergencia de lo más profundo. Súbitamente ese continente oscuro, informe, garante y emblema por antonomasia de la intimidad subjetiva, se coloca a la vista y se vuelve un archivo viviente. La memoria que antes sólo se podía consultar en el interior del sujeto y cuyos mecanismos se activaban muy a menudo haciendo caso omiso de la voluntad, se articula ahora con una forma definida y exterior. Gesto al mismo tiempo aterrador y tranquilizante el de llevar la memoria inscrita sobre la piel, sobre esa envoltura que el psicoanalista francés Didier Anzieu llamaría el Yo-piel. El tesoro de la memoria, su caudal ahora se exhibe en el cuerpo, aunque no se ofrece a la mirada de todos. Aparece en los sitios erotizados, invita a la caricia del amante, cuyos dedos irán sin duda en pos de los trazos del cuerpo y de esta forma se ofrecen también a la caricia ocular del espectador que se detiene en el cuadro-pergamino; en la piel-cuadro.

Lugar de los primeros estímulos maternos, coordinada que define interior y exterior, la piel es frontera del sujeto. Frontera cerrada que contiene, y sin embargo queda abierta para permitir la transpiración, por ejemplo. Como sede del sentido del tacto es espacio privilegiado de la caricia, la piel permanentemente se renueva, aunque de tanta mudanza, sucede que se arruga y revela la edad, la salud minada...

Un par de piernas sustituye al ícono de cohesión de los mexicanos por antonomasia. ¿Acaso es solamente

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

ese cuerpo parcial el que puede convocar en la ban carrota generalizada de lealtades y creencias por la que atraviesa México? De un par de piernas irradia ahora los destellos que antiguamente se desprendían de la fe.

Los nuevos portulanos están inscritos sobre la piel. Sólo el cuerpo es referencia. Inútil buscar el norte en antiguos mapas, puesto que esa geografía ha desaparecido por la anulación del espacio que ha traído consigo el vértigo de las comunicaciones, por la rapidez informática. Por ello es preciso volver al cuerpo para buscar una guía y coordenadas precisas. No hay que olvidar sin embargo que es el cuerpo del otro el único capaz de brindar coordenadas... o, por lo menos, *ilusión* de coordenadas.

No se trata de la mujer-the-Wall, ni mucho menos de la dama de hierro. Ella es tan sólo una mujer... de ladrillo, o con piernas enladrilladas, lo cual nos protege contra la amenaza bíblica de adorar a ídolos con pies de barro... Aunque la materia prima no tiene el prestigio del bronce, el mármol o el granito, ciertamente el efecto es el mismo. Un efecto tonificador que cimenta a esa mujer con pie firme sobre la tierra. Y dentro de este programa de certidumbre que se anuncia ¿la invitación al otro es acaso por la seguridad, la solidez, la firmeza? ¿es puerto seguro? Y entonces, ¿qué se puede construir sobre tales cimientos? ¿qué se puede labrar, sembrar y cosechar en esas piedras enladrilladas? ¿cuál será la naturaleza del cuerpo que corresponde a piernas tan *sólidas*? -(¿solas? ¿frías? ¿duras? ¿inflexibles?)

No todos los caminos conducen a Roma. Algunos por fortuna nos hundan en abismos de placer. Total, lo que se tiene hay que mostrarlo porque sólo lo que es, es. En torno a esa beancia se estructuran los caminos, esa beancia-vacío-ausencia es el centro de la mirada. Abertura exhibicionista que incita a exhibir lo que el otro tiene; a que demuestre sus poderes. ¿Para qué buscar acoplamientos en estaciones extraterrestres cuando hay algo más cercano que invita a un mayor acoplamiento?

El cuerpo se ofrece a la lectura. Aunque por lo que se ve, es preciso leerlo todo en la espalda. El suyo es el cuerpo de quien tiene su destino escrito; no lo puede leer ya que lo trae en el dorso. Que lo lea el otro, a quien se le ofrece una espalda en la que está nada menos que eso que siendo fundamental es ina-

sequible para el interesado. ¿Podrá -¿querrá?- descifrarlo? ¿Qué hará con tan preciosa información? Esperemos en todo caso que el desentrañador de semejantes enigmas no se consagre exclusivamente a la lectura...

Las montañas que los caminos ofrecen no son más escabrosas, ni sus pendientes amenazan con otra cosa que arrojarnos al placer. Dos colinas se yerguen en medio de caminos que bifurcan. A pesar de los caminos el viajero que ha emprendido la exploración del otro debe enfrentar el desafío que consiste en apartarse de esos montes.

Betsabée Romero ha embestido el universo semiológico del auto: ha transformado en objetos únicos, lo que es objeto de producción en serie; ha "reducido" a juguetes a los emblemas de la fuerza y el estatus. Símbolo de éxito y de prestigio, emblema por antonomasia de la revolución industrial serializada, uno de los fetiches más socorridos es sin duda el auto, a tal grado que éste fue sin lugar a duda *su* siglo. Por ello, estos *Cuerpos rodantes* [*Rolling bodies*], que han sido expuestos en Chicago, en Nueva York, en Arco-Madrid y en la Expo-Arte de Guadalajara, ocupan un sitio protagónico y se les ha revestido iconográficamente con atributos antiguamente reservados a los santos: se les ha flechado, acuchillado, rodeado de flores... Símbolos de una pasión, de un martirio calculado, armado, yuxtapuesto. Bajo tal apariencia lúdica, en tales objetos artísticos queda en tensión una violenta paradoja cuyo objetivo último es desmontar ambos aspectos del ritual, el antiguo y el de nuestros días. Ni el auto es susceptible de ese revestimiento iconográfico en avenidas, periféricos y *high ways*, ni esos atributos son suficientes para trasladar esos nuevos objetos de culto a una dimensión religiosa puesto que como dice el proverbio una golondrina no hace primavera: un auto flechado no se transforma automáticamente en San Sebastián. Desprovistas de sentido, las reliquias se han adherido -o llagado- a un sustituto de piel, el pergamino, en donde Betsabée Romero ha tatuado y pintado objetos para armar un altar móvil de un ritual fetichista del objeto que se ha transformado en la prótesis del hombre.

De la guerra al amor, de la memoria al erotismo, de la constitución subjetiva a la paternidad... ¡que viva el tatuaje!■